

Debates en los partidos y debates sobre los partidos



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

En el período de pocos meses los principales partidos políticos españoles han celebrado, o van a celebrar, sus Congresos, como máxima expresión de la democracia interna.

Déficits democráticos

En los tres Congresos celebrados en febrero, se han manifestado déficits de funcionalidad democrática, que denotan el distanciamiento que se está produciendo tanto entre los partidos políticos y los ciudadanos, como entre sus cúpulas políticas y los afiliados.

Los Congresos de *Ciudadanos* y del PP han sido, a diferente escala, convocatorias pensadas como operaciones de imagen, poco trascendentes en términos prácticos y que han suscitado escaso interés. Es decir, han sido Congresos previsibles, sin apenas debates y una prácticamente nula implicación de los afiliados. En *Ciudadanos* el número de afiliados parece incluso que tiende a decrecer, mientras que en el PP se ha llegado al extremo de que solo un 1% de los afiliados que dicen tener ha participado en las elecciones previas de los compromisarios que acudirían al Congreso. Es decir, votaron apenas 8.000 personas para elegir a cerca de 3.000 compromisarios. Un auténtico fiasco en términos de implicación y participación.

En *Podemos* el debate ha estado más rodeado de emoción, aunque, debido al órdago de Iglesias Turrión, no ha quedado claro si en su Congreso-Asamblea se dilucidaba un conflicto de poder entre dos grupos enfrentados en su cúpula política, o diferentes modelos y formas de entender la organización y la participación en su seno. Lo que se ha proyectado públicamente han sido cuestiones de carácter interno –de poder– y no proyectos para solucionar los problemas económico-sociales y laborales que existen en estos momentos. Es decir, sus cúpulas y su Asamblea han debatido sobre asuntos “suyos” y no sobre asuntos de los ciudadanos.

Tal como se hacen las cosas en *Podemos*, es evidente que este partido tiene un problema de organización y estructuración interna y de proyección de sus debates, que revela que algunos no han superado todavía sus inclinaciones autoritario-bolcheviques, ni su modo de enfocar las confrontaciones y los modos de argumentar, al más puro estilo de Asamblea de Facultad. Por eso, presentar como un gran éxito que en un debate tan llamativo y tan airado en las redes y en los medios de comunicación solo participaran un 34% de los inscritos en sus censos, revela que, o bien no tienen tantos inscritos como presumen (sostienen que más de 400.000), o bien estos tienen muy escaso grado de implicación. Es decir, estamos ante un auténtico *bluf*, que desprecia y/o incumple la normativa española sobre exigencias de democracia interna y transparencia en los partidos políticos. Lo que se intenta sublimar con el papel de un gran líder carismático que está por encima de todo y que representa directamente a ese gran sujeto anónimo que califican como “gente”, como *masa anónima* a la que se pide que se limite a aplaudir, y a seguir y ratificar al Jefe.

En definitiva, hay que ser conscientes de que los déficits de democracia interna, de transparencia pública y de escasa implicación ciudadana son las principales carencias que tienen ahora los partidos políticos en España. Lo cual exige una reflexión sobre el propio funcionamiento actual de la democracia y sobre la necesidad de un debate que plantee soluciones sobre la renovación y regeneración de los partidos políticos.

La renovación y puesta al día de los partidos socialdemócratas

La situación de los partidos socialdemócratas presenta algunas especificidades en lo que se refiere a su funcionamiento interno, debido a que estas organizaciones desarrollaron uno de los modelos de partido

que ha tenido más éxito y mayor capacidad para implicar a amplios sectores sociales, inicialmente de las clases trabajadoras y, posteriormente, de otros segmentos de las clases medias asalariadas, de los autónomos y de personas del mundo de la cultura y del pensamiento. Se trata de un modelo de partido que tiene más de un siglo de historia contrastada, pero que en los últimos años ha dado signos de agotamiento, de entropía y de falta de adecuación a las condiciones y características de las sociedades actuales y de las nuevas culturas y mentalidades.

Por eso, estos partidos tienden a perder fuelle, al tiempo que sus estructuras internas se clientelizan y se hacen menos transparentes y atractivas para las nuevas generaciones. De ahí que en partidos como el PSOE la edad media de los afiliados se encuentre en torno a los 60 años, mientras que su electorado tiende también a envejecer.

El éxito histórico del modelo de partido socialdemócrata "de masas" hace que no sea fácil comprender, y asumir, que han cambiado buena parte de las condiciones que explicaron su funcionalidad, y que actualmente las personas que se acercan a un partido y se ofrecen a colaborar en sus actividades esperan otras formas de organizarse y actuar en su seno.

En realidad, los partidos socialdemócratas de hace un siglo llevaban en su germen inicial los elementos que con el paso del tiempo han dado lugar a sus actuales contradicciones. Es decir, al estar constituida la base de estos partidos fundamentalmente por trabajadores manuales, en momentos históricos en los que las jornadas laborales eran especialmente largas y agotadoras y muy escasos los tiempos de descanso, a lo que se unía que la inmensa mayoría de los trabajadores carecían de las oportunidades educativas que estos mismos partidos promovieron en la sociedad, en dichos partidos se recurrió a delegar las funciones de representación en personas de mayor preparación y cualificación. Lo cual dio lugar a que se conformara una élite interna profesionalizada en el ejercicio del poder, que en bastantes ocasiones entró en contradicción y confrontación con otros sectores de afiliados. Afiliados a los que se les imbuyó de un espíritu "militante", organizado, movilizado y disciplinado, que era el que se entendía más apropiado para las duras confrontaciones políticas de una época que acabó en la Segunda Guerra Mundial, con una pugna enormemente destructiva.

De la "masa" a la ciudadanía

En las confrontaciones históricas en las que se implicaron los partidos de raíz obrera durante sus primeras etapas, la idea de los partidos de la Segunda Internacional, que no se avinieron a aceptar las 21 condiciones de Lenin y su nuevo modelo de *partido bolchevique*, era hacer valer su carácter de partidos de masas, es decir, muy numerosos, frente a los partidos de notables y de élites de la derecha, manteniendo, al mismo tiempo, su carácter democrático. Se trataba, en definitiva, de obtener fuerza del número y de operar con criterios de democracia delegativa. Y de hacerlo con la mayor disciplina posible. De ahí la utilización mimética de la jerga militar, de donde viene la palabra "militante", y el sentido de acatamiento a las órdenes e instrucciones que venían de arriba.

Ese espíritu y conformación, propio de la cultura y las mentalidades de otra época, dio lugar a tendencias de profesionalización y de clientelismo organizado, que bien pronto fueron criticadas y denunciadas de manera recurrente, desde el célebre alegato de Robert Michels sobre *la ley de hierro de la oligarquía*.

Los déficits de democracia interna, de transparencia pública y de escasa implicación ciudadana son las principales carencias que tienen ahora los partidos políticos.

Por eso, en estos partidos se ha mantenido desde hace años un debate sobre el desarrollo de la democracia interna y el *empoderamiento* de los afiliados. A muchos de los cuales ya no les gusta, ni entienden, el concepto de "militantes", que de hecho tiene difícil y confusa traducción a otras lenguas como el inglés, y que se encuentra vinculado a la propia noción de *masa*, como conjunto indiferenciado y general. Ahora, las personas que llegan, o pueden llegar, a los partidos no quieren ser tratados ni vistos como una *masa* indiferenciada y cuasi-militarizada, sino como ciudadanos libres, con plenos derechos, con unas cualificaciones y conocimientos cada vez mayores, que no aceptan pasivamente ser movilizados, convocados (a "toque de corneta", como dicen algunos) e instrumentalizados de manera pasiva y reificada, para tareas rutinarias, o para hacer bulto en los actos masivos "como un elemento más del *atrezzo*". Se trata de personas que no asumen —ni

entienden— que solo se les pida que callen y obedezcan, ateniéndose sumisamente a lo que puedan decidir y resolver los que ocupan altos puestos de representación institucional, con el argumento de que estos son los que realmente saben lo que conviene hacer o no hacer en cada momento, por su mayor experiencia y por la misma altura de los puestos que ocupan.

Tal mentalidad y tales argumentos apenas tienen cabida, ni aceptación, en las sociedades de nuestro tiempo, sobre todo entre las nuevas generaciones que han conocido —y vivido— desde su nacimiento en sociedades abiertas y democráticas, que han crecido en familias alejadas de los patrones de autoridad y obediencia propias de la cultura patriarcal. Y que también han estudiado en centros educativos abiertos y demo-

y a las nuevas demandas y necesidades de los sectores sociales que están quedando postergados, precarizados y excluidos en el curso de la evolución social. Y, sobre todo, hay que debatir cómo dar respuestas satisfactorias a las demandas ciudadanas de más y mejor calidad democrática, entendiendo que las exigencias de

Los partidos políticos, como parte de la sociedad, son entidades vivas que también cambian —tienen que cambiar— a la par que cambian las sociedades y las mentalidades y expectativas ciudadanas.



C. BARRIOS

cráticos, y a los que desde casi todos los entornos sociales solo les llegan inputs democráticos y abiertos.

El debate sobre los partidos

Por las razones indicadas, es necesario abrir en el seno de los partidos un debate riguroso sobre la propia democracia interna y sobre su apertura a los diversos sectores sociales que están, o pueden estar, más cerca de ellos.

En este debate los socialdemócratas partimos del actual modelo, como un referente bien contrastado, pero que ahora hay que adecuar a los cambios que han tenido lugar en nuestras sociedades en los últimos años, entre otros aspectos en lo que concierne a las tecnologías de la información y de la comunicación,

calidad democrática conciernen también, y deben ser aplicables, en la organización interna de los partidos y en sus procedimientos. Y esto implica más corresponsabilización y más capacidad de codecisión de los afiliados.

En definitiva, los partidos políticos, como parte de la sociedad y de su arquitectura organizativa, son entidades vivas, que también cambian —tienen que cambiar— a la par que cambian las sociedades y las mentalidades y expectativas ciudadanas. Y,

por lo tanto, solamente los partidos que sean capaces de cambiar en sintonía con la sociedad, serán capaces de mantener su solvencia y su capacidad de representación. Sencillamente como ley de vida.

El cambio en los partidos en una dirección más democrática e implicativa es la mejor garantía de que no se aislen, ni se momifiquen, ni se alejen de las mayorías sociales, garantizando que en su proceder y en sus propuestas prevalezca la atención a las alternativas de solución de los grandes problemas que, hoy por hoy, más preocupan a los ciudadanos. Por eso, lo que se necesita son partidos de ciudadanos y no partidos de seguidores pasivos, más o menos “masificados” y devaluados. Y esto implica, también en este caso, más y mejor democracia. **TEMAS**